EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Fernando Soto Aparicio.

La Rebelión de las Ratas.—Novela.—Plaza & Janes.—Editores.

Leyendo esta novela de Fernando Soto Aparicio, nos asalta una duda: No podrán los novelistas colombianos, desasirse un poco de la abundancia literaria? Parece que siguen creyendo algunos que la novela no es sino un largo poema, acaso con las mejores calidades y templanzas del mismo. Que, antes que hurgar hondo en las realidades, en la turbulencia o miseria del hombre, debemos rendir, sin fatiga y en tono orquestal, culto a las palabras. Los novelistas colombianos parecen escritores angustiados por el hallazgo de la musicalidad verbal, la lujuria de las formas estéticas que se desgajan del cuerpo de la novela como en una siembra y recolección demasiado feliz. Y esa facilidad para cantar y encantar, le resta al relato, a la técnica, a lo escueto y somero de la acción, mucha de su clara sencillez, de su parco ropaje. Don Tomás Carrasquilla y José Restrepo Jaramillo, siguen caminando, solos, por el campo de la novela en nuestra patria.

Nuestros novelistas, antes que escrutadores de sensaciones, son poetas fracasados o no. Debajo del caliente discurso de la parrafada lírica, late la conciencia de un hombre atormentado por decir las cosas con riqueza verbal, enredándose en el hilo multicolor de sus propios hallazgos verbales. Como esos peces irisados que pescaba Rudecindo, en esta novela de Soto Aparicio, son generalmente nuestras novelas. Cantos, aleluyas, truenos, apocalípticas visiones, tornasoles. El mundo real, el mísero hecho escueto, queda enterrado como un candelabro de cobre debajo de tanto oro litúrgico. La fantasía se desboca sin bridas. Es preciso elevar el tono del discurso, olvidar las esencias parcas de la novela, espejo que copia mundos y trasmundos, para galopar en Pegaso.

Nuestros novelistas tienen la obligación de ser más avaros en el uso del lenguaje. En estas materias acaso es en lo único que no somos subdesarrollados. Por el contrario, los colores, tonos, luces, se gastan aquí con una magnificencia y munificencia de paleta veneciana. No hemos aprendido el duro arte de la sobriedad. Pensamos un momento en Fedor Dos-

toievski en cuyas novelas, el paisaje apenas se insinúa fugazmente. Porque el novelista está creando, encantando, pulverizando. Es un hombre con una tarea de testigo que lleva sobre su hombro como una cruz atroz. Pero que es vida en el mejor sentido del vocablo. Mejor dicho, eternidad. Luz de ultratumba porque nuestro destino impar ofrece calientes sugerencias. Y necesarios padecimientos. Lo mismo Cervantes, cuajado de humanidad, que novela la locura humana y la convierte en manadero del infierno, del purgatorio y de la sátira.

La Rebelión de las Ratas, quiere ser una novela de tesis. Sus afirmaciones están un poco desenfocadas de la realidad contemporánea de América Latina. En el pasado, no muy remoto por cierto, el yanki fue explotador y despreciativo del negro, del mestizo, del mulato, del mismo criollo. Así quedó en Mancha de Aceite, de César Uribe Piedrahita, en la novela de Miguel Angel Asturias, en los ensayos sociológicos de mexicanos, uruguayos, argentinos. Con dolor y dignidad hemos superado esa vergonzosa etapa de los marinos invasores, de la desmembración violenta de Panamá, del asesinato de Sandino y de los feudos del Caribe. Hoy se nos trata como a personas. Naturalmente mucha rebeldía fue aplastada brutalmente. Tiempos amargos y desaparecidos del mapa americano. Por tanto, esta novela se conjuga en pretérito. Bien logrados los personajes centrales del drama. Soto Aparicio empieza a cuajar en una realidad que esperamos sea fecunda para quienes tanto esperamos de su talento. La novela que comentamos, adolece de un prurito de repetición de temas, sensaciones, actos y sitios que francamente anonada. La miseria y el frustramiento de los personajes del drama es manejada con poca sobriedad por el autor. Desde los primeros enfoques, cuando Rudecindo llega al pueblo en el cual ha de derrumbarse definitivamente su vida, nos enteramos de su existencia miserable, de su trágico sino, su desarraigo, su desesperanza. No era necesario repetirlo tantas veces como lo hace el autor de esta obra.

Existen situaciones en toda novela que se gustan mejor delineándolas una sola vez, dejándolas aposentadas frente al lector como montañas hurañas y calladas. Pero continuar usando y abusando del lirismo, de la facilidad pictórica, le resta densidad al relato y la novela se pierde entre un polvillo de oro, semejante a aquel del cual se lamentaba el personaje central de *La Rebelión de las Ratas*. Lo mismo sucede con la obsesión sexual de Rudecindo: A todo momento nos la escribe el autor, obsesido con el tema como el mismo campesino. La dorada belleza de Cándida lo acompaña como la mortaja al cadáver.

Naturalmente muchas descripciones pierden fuerza, por el excesivo verbalismo. Acaso por lo arbitrario y un poco pueril del relato. El autor es un poeta que situado sobre un cráter arroja centellas y lava. Un vengador, un escritor que enjuicia al capitalismo norteamericano que explota las zonas feudales de América, antes que el novelista que trabaja con bisturí sobre el cuerpo enfermo de una sociedad con domable irredención secular. Lo que no quiere decir que Soto Aparicio carezca de buenas condiciones como novelista. Empuja los relatos como crines revueltas para que no desamparemos la lectura de su novela. Y nos adormece con hermosas dicciones, giros imprevistos, verbalismo fantansioso y coloreado. La gorgona del trópico en suma.

Le falta medida, equilibrio, sentir el dolor lastrado del minero, antes que como camino para levantar la torre de un poema, como realidad que se resuelve en miserables acciones y limpieza de léxico para que el humillante cautiverio del hombre se convierta en novela, o sea, vida definitiva y cuajada. Esperamos sus nuevos frutos en este campo para ocuparnos nuevamente de un escritor de indudable talento y rica personalidad literaria.

Carmen de Gómez Mejía.

La Voz sobre la Nada.—Poemas.—Bucaramanga.—Colombia.

Después de *Altos Muros*, nos viene ahora este nuevo libro de Carmen de Gómez Mejía. En pureza de verdad la poesía femenina, con honrosas y trascendentes excepciones, se ha movido en el círculo ciego del amor. La mujer cuenta en lenguaje que le es propio, sus conflictos, apasionadas esperas, olvidos y ausencias. La voz de Juana de Ibarborou, Alfonsina Storni, Luisa Luisi, María Eugenia Vaz Ferreira, Rosario Sansores, Dora Isella Russell y otras pocas más, se convirtieron en un rítonello, casi en un remedo de su mensaje. Pero es preciso no olvidar que estas criaturas de selección penetraron muy hondo en el dolor de vivir, padecer y morir. Hoy Juana de Ibarborou camina por un desolado valle sembrado de cruces. Los negros diamantes de la muerte tachonan su poesía a la hora en que sobre su cabeza nieva definitivamente. La poesía femenina no puede reducirse al grito, a la impotencia, a cantar la boca sellada que no pudo entregar su lagar de besos. Algo más substancial requerimos de su lírica. Y con perfecto derecho. Ya la mujer puede darnos su grito total, su pavora, sin que el varón pueda callar su voz. Acaso esta fue la verdadera conquista de los derechos ciudadanos, que no la equívoca de participar en luchas electorales sin grandeza. Y es bueno no olvidar que cuando la mujer adquirió los mismos horizontes de igualdad con el hombre “nacieron nubes de mecanotaquígrafas”, como lo escribió buidamente Chesterton.

Por tanto, este nuevo libro de Carmen de Gómez Mejía es más personal, ceñido a su propia vida y esperanza, como el vaso contiene el agua desnuda. La escritora penetra ya en parcelas de la poesía en las cuales se requiere mayor vuelo, ímpetu, ojos ciegos para el milagro. No se queda en el carámbano o en la piel de las palabras. Poesía que es fácil y de dudosa calidad estética. *La Voz sobre la Nada*, señala un firme paso en la vocación de la autora. Ya quiere desprenderse de influencias, de resonancias de otras voces, para vivir en función de su propia sensibilidad. Por eso mismo encara temas que tiene hondura y pavora, soledad, ceniza del tiempo e iracundia de los elementos. No propiamente el caramillo lírico, el lánguido itinerario de amores y dolores que reducen su ámbito a la peripecia sentimental, vieja como el mundo. Mejor tener la sien desolada y estremecerse en la noche cuando sabemos que el mundo se desploma, ruedan voces roncadas y, a la mañana siguiente, los cadáveres tendrán que levantarlos el poeta frente al sol, como lo escribe Carmen en un poema de antología.

La Voz sobre la Nada, es un paso verdadero en el itinerario de una poetisa que ha hallado su Huerto de los Olivos y el madero de las crucifixiones.